

## DE POBLET A SANTA SUSANA

En las páginas de este mismo Boletín (años 1933-35) <sup>1</sup> dió el Sr. Toda noticia bastante detallada de la estancia en Poblet, los años 1794-96, de unos monjes trapenses procedentes de Suiza y de su posterior salida para establecerse en el entonces abandonado monasterio cisterciense de Santa Susana (Maella).

Entre el material recopilado por el incansable premonstratense P. Pascual para sus "Monumenta sacra Cathaloniae" <sup>2</sup> hay una relación, que creemos inédita y algo interesante, del viaje-procesión de dichos monjes desde el cenobio pobletano al ya mencionado de Santa Susana. Parece que no debió conocerla el Sr. Toda, aunque en su aludido trabajo se da ya un brevísimo resumen de dicho viaje tomado sin duda de otra relación similar.

Creyendo que el documento recogido por el P. Pascual merece los honores de la publicación, lo ofrecemos como modestísima aportación al homenaje dedicado a nuestro buen amigo, que recientemente se ocupó meritoriamente de la historia póstuma de nuestro gran monasterio cisterciense.

Para situarnos en el ambiente de la narración, recapitulemos en unas pocas líneas las noticias dadas por Toda y otras complementarias contenidas en la *Histoire de La Valsainte*, de D. A. Courtray <sup>3</sup>.

La abadía cisterciense de La Trappe, Domus Dei, en el Norte de Francia, fundada por el Conde de la Perche en 1122 y reformada por Dom Rancé en el siglo XVII, subsistió como monasterio trapense hasta el tiempo de la Revolución francesa, que suprimió todas las Ordenes religiosas. Sus monjes, que merecidamente gozaban de gran fama de santidad, después de algunos titubeos pudieron refugiarse en 1791 en la cartuja de La Valsainte, cerca de Friburgo (Suiza), aban-

(1) T., *Els Trapenses de Santa Susagna*, III (1929-33) 46, 302-307, y *Més notícies dels Trapenses de Santa Susagna*, III (1935) 1, 14.

(2) Biblioteca Central, de Barcelona, ms. 729, tomo X, págs. 831-38.

(3) D. A. COURTRAY, *Histoire de La Valsainte* (Fribourg 1905), págs. 386-91.

donada forzosamente pocos años antes por los hijos de San Bruno. El Gobierno del cantón al acogerlos les había fijado el número de monjes en veinticuatro. El renombre de esta fundación por pobres religiosos perseguidos atrajo a otros muchos y hubo que pensar en nuevas fundaciones. Diez de los monjes partieron para España, en donde les preparaba refugio Dom Gerásimo de Alcántara, uno de los trapenses huídos de Francia que era hijo de padre español. Partieron por tierra hasta Génova en abril de 1793, según Courtray, y desde allí por mar hasta Salou. Tres de ellos fallecieron al paso de los Alpes. Los siete restantes, después de una corta estancia en Reus, se acogieron al monasterio de Poblet, en donde residieron casi dos años.

Por fin, previas las laboriosas gestiones de Dom Gerásimo cerca del Gobierno español y de los Superiores de la Orden del Cister en Aragón, les fué concedido como residencia propia el monasterio semi-abandonado de Santa Susana, cerca de Maella, que pertenecía a la abadía cisterciense de Escarpe (Lérida).

Nuestra narración relata, como hemos dicho, el viaje desde Poblet a la nueva residencia y se ciñe casi exclusivamente a poner de relieve las grandes manifestaciones de piedad de las poblaciones del trayecto al paso del reducido grupo de austeros trapenses que marchaban formados en devota procesión. Iban cuatro monjes trapenses y tres hermanos conversos, además del abad Dom Gerásimo <sup>4</sup>.

Evidentemente el relato fué escrito por uno de estos monjes al llegar a Santa Susana y enviado como Memorial seguramente a la Comunidad de La Valsainte, según se deduce de la frase "esta especie de sacrificios que se ofrecen cada día en Friburgo por el frío que el viento y el hielo criaban", y por esto no se habla en él casi para nada de las personas de los trapenses, que ya serían allí bien conocidos.

Esto podría hacer sospechar si el texto original estaría escrito en francés y el que publicamos no sea sino una traducción, debida quizá al P. Pascual, pues no se explica que se dirigiera un Memorial en castellano a una comunidad francesa y tampoco es verosímil que un monje francés, pues lo eran todos los de la comitiva <sup>5</sup>, aun después de pasados dos años en España pudiera escribir en español con la soltura que se revela en nuestro texto, y menos si pensamos que en Poblet oiría corrientemente hablar catalán. Por otra parte hay en este

(4) Así en MADUZ, *Diccionario geográfico*, etc. (Madrid 1849), voz: Trapa, La.

(5) El Memorial no lo escribió ciertamente el abad Dom Gerásimo, que es quien mejor podía conocer nuestra lengua.

texto algunos giros que traicionan al traductor, como el de dar al verbo *aprender* el sentido no admisible en castellano del francés *apprendre* por *saber, conocer*.

La redacción algo retórica del escrito podría ponernos en guardia respecto a la sinceridad y exactitud de las apreciaciones del cronista al hablar de las grandes manifestaciones de entusiasmo y religiosidad de las poblaciones por las que pasa la comitiva, dispuesta en verdadera procesión. Pero no hay motivo para ello. Téngase en cuenta que dichos religiosos iban precedidos de una gran fama de perseguidos, de mártires de la Revolución francesa. Casi las mismas muestras de afecto y devoción popular tuvieron lugar en la procesión muy parecida organizada en Suiza al ir los monjes con cruz alzada y cantando las letanías desde Cerniat a La Valsainte. También allí muchos fieles lloraban de emoción al paso de la religiosa comitiva <sup>6</sup>.

No queremos alargarnos en comentar las incidencias del viaje ni aun en documentar el itinerario de la piadosa procesión que duró nueve días en lo más crudo del invierno, desde el 4 al 13 enero de 1796. Desde Poblet por Vimbodi llegaron a Borjas, donde pernoctaron y después a Lérida donde hacen dos noches. Siguen después una ruta paralela al Segre hasta su confluencia con el Cinca en el monasterio de Escarpe; en barca continúan por el Segre hasta encontrar el Ebro, en Mequinenza, y, atravesando la sierra de este mismo nombre, alcanzan el Matarraña, que pasan en barca para entrar en Nonaspe, y desde aquí, tocando Fabara, llegan a Maella, parroquia en que estaba enclavado el monasterio de Santa Susana, meta final.

Entre las manifestaciones de piedad de los pueblos que los veían pasar podemos hacer resaltar la fervorosa devoción popular a las Santas Reliquias de San Bernardo y San Malaquías que los trapenses llevaban consigo y la patética despedida del venerable obispo de Lérida, Jerónimo M.<sup>a</sup> de Torres, en cuya emocionada alocución se adivina el temor o el presentimiento de que el huracán antirreligioso que tantos estragos había causado en la vecina Francia se desencadenara con parecido furor en nuestra patria, como así sucedió pocos lustros más tarde.

JOSÉ VIVES.

(6) Véase COURTRAY, obra y lugar citados.

## VIAGE DE LOS MONGES DE LA TRAPA, DESDE POBLET A SANTA SUSANNA

"Non nobis, Domine, non nobis, sed nomi-  
ni tuo da gloriam".

A 4 de enero de 1796 llega en fin el día tan deseado de nuestra partida. Haviéndonos pues despedido del Sor. Abad y Comunidad de Poblet, y celebrado 3 misas en acción de gracias y por preparación al camino, nos adelantamos rezando las oraciones de los caminantes a la puerta principal de la iglesia para recibir allí nuestras santas reliquias: las expusieron los monges sobre el altar mayor, mientras cantaron missa de comunidad, la qual acabada, baxaron con ellas el sacerdote con sus ministros y la Comunidad con capas y bordones cantando *Te Deum*, pulsando órgano y campanas. Recibimos de rodillas vestidos de estolas los preciosos huesos de nuestros PP. y Fundadores; y allí, prosiguiendo *Te Deum*, con grande alegría y sentimientos de reconocimiento empezamos la procesión sobre una línea alzando la cruz.

Como a media hora cantamos la *Salve* en una capilla de la Virgen Santísima y el *Ave Verum* en una iglesia poco más lejos: allí y en todos los otros lugares anunciándonos las campanas un cuarto de hora y más antes de la llegada, y a la partida haciendo lo mismo. La gente que se havia juntado a nosotros hasta aquí se despidieron, adorando de rodillas las Stas. Reliquias. Pasados dos o tres pequeños lugares que nos recibieron siempre con toda especie de cortesía y honor, llegamos a las siete de la tarde a la villa de Borjas; pero antes de decir lo que pasó allí, no podemos dexar de alabar y ensalzar la Divina bondad que puso en el corazón de dos señores (en los quales virtud y piedad hacían ventajas a la sangre y riquezas, que no quiero nombrar por no contristar su modestia y humildad) que se juntaron con nosotros en esta procesión: no subieron a caballo aunque tuvieron tres, sino que uno se adelantaba con un criado para hacer prevención, y [p. 832] disponer las cosas necesarias. Para mayor decencia de la procesión, llevábamos una carta circular del Ilmo. Sor. Obispo de Lérida que nos encomendaba con encarecimiento a los Sres. párrocos de su diócesis \*sin reparar en gastos\*, mandándoles le dieran aviso de como nos huviesen recibido para su gobierno.

Bolvamos a la primera jornada: no habiendo sido posible empezarla antes de las onze, no hay que maravillarse de que en lo más baxo del invierno se acabase tan tarde. Tuvimos la materia de esta especie de sacrificios que se ofrecen cada día en Friburgo por el frío que el viento y el hielo criaban; juntar a ello una tan grande obscuridad que en una hora los ojos se hallaron inútiles y los pies ciegos: estaban nuestros solos conductores: comenzábamos casi a perder la esperanza de llegar, quedando toda vía una pequeña hora que hacer, quando las campanas que se empezaron a tocar nos alentaron y media hora más cerca aquella noche de tinieblas se bolvió luego como milagrosamente en un día muy hermoso por la llegada de dos faroles, quatro hachas y muchos otros fuegos: muy poco he

\* Las frases entre asteriscos se hallan al margen en el original.

dicho, que la noche se hizo día, había de añadir, día de fiesta y regocijo, supuesto que salió todo el pueblo un cuarto de hora a nuestro encuentro, cantando reciamente con nosotros a las Letanias. Muchas mugeres también, olvidándose de la modestia de su sexo, para satisfacer a su devoción o curiosidad no temieron noche ni frío para salir con los otros a encontrarnos. Llegados con tanta gente a Borjas, se hallaron las ventanas ornadas de lámparas, como se acostumbra hacer en los regocijos públicos. Se aumentó el número de las hachas hasta 8 o 10, que llevaban eclesiásticos. En la iglesia cantamos *Ave verum* y la *Salve*: apenas cabía la mucha gente que acudió con tanta devoción que para escusar todo daño o confusión se cerraron baxo la llave las santas Reliquias: las quales la mañana siguiente hizo venerar y besar un sacerdote. Dexo por decir muchas circunstancias para no alargarme. Vengo pues a Lérida en donde quanto al Sor. Obispo fuimos recibidos, no se puede mejor; pero como el Sor. Gobernador no estaba prevenido, [p. 833] había confusión y ruido y algun alboroto en el pueblo y tuvimos algo que sufrir siendo apretados. A la puerta de palacio el mismo Illmo. Sor. Obispo nos dio agua bendita y él mismo recibió de nuestras manos las Santas Reliquias, que expuso sobre el altar de su capilla, y cuando se acabó la *Salve*, que cantamos, cantó el mismo la colecta, y nos echó su santa bendición. El día y medio que nos quedamos en su palacio, nos dio señales de una afección y caridad entrañable, hasta quedar en pie a nuestro lado mientras comíamos para ofrecer y alentarnos, ministrándonos muchos sacerdotes de su casa y cavalleros principales: tanta honra era para nosotros harta confusión. Antes de despedirnos de allí, recibimos otra vez su solemne bendición, y (lo que hay mucho que admirar) nos acompañó su Illma., aunque avanzado en edad, como una media hora con muchos sacerdotes, cavalleros, soldados y antorchas. El pueblo, avisado de nuestra salida por las campanas de la ciudad, se juntó al palacio y al camino por donde havíamos de pasar, y siguiendo el exemplo de su Pastor, nos acompañaron cantando con nosotros el salmo *Beati* (128). Pero qué edificación para nosotros, para la diócesi y para todos! Antes de bolver aquel venerable y piadoso prelado se echó de rodillas en medio del camino (haciendo al rededor la gente como una corona) y dexando un ratico su cabeza inclinada sobre las Reliquias para orar, pidió nuestras oraciones para sí, para sus feligrases y para este reino cathólico, para que se conservase en el precioso tesoro de la fe etc., dixo esto y otras cosas con una voz tan patética que parecía que lloraba, y verdaderamente lloraban muchos que le oían.

No puedo dexar por decir una particularidad que acaeció en aquella ciudad: una muger \*después de habernos acompañado desde Vimbodí hasta cerca Alcarraç\* vino a buscar uno de aquellos señores que nos honran con su compañía, y le rogó le recibiese una media peseta de limosna para estos buenos Padres, como decía, y diciendo estas palabras se puso a llorar de sentimiento y devoción. En la misma ciudad vi muchos que no contentos con besar la mano de nuestro superior, besaban hasta las capas de nuestros hermanos conversos; y como quienes daban el cerco a nuestra humildad [p. 834] para derribarla, se pusieron las mugeres de rodillas en el camino sobre una línea, y besaban nuestras cogullas.

Este día que salimos de Lérida llegamos de noche al lugar de descanso: el clero con capas y muchos fuegos salió muy lejos a encontrarnos, y entrando en la calle se halló clara con la iluminación de las ventanas. Los muchachos mismos en quanto pudieron y a su manera ayudaron a la gloria de Dios, como está

escrito: *Ex ore infantium perfecisti laudem*, fabricaron unas pequeñas pirámides de hierbas sobre el camino y las miraban consumirse con grande satisfacción.

El día siguiente pasamos por un pueblo tan devoto de besar las santas Reliquias que temiendo se las quitásemos por causa de la lluvia y del camino que quedaba aun largo, hizo al rededor triplicado circulo muy apretado con unas demostraciones de fe tan vivas que pocas veces he visto semejantes. Huvo algunos después que hizieron tocar sus rosarios a las Reliquias; entonces aquellos que, besándolas, se havian olvidado de esta ceremonia bolvieron otra vez y apretaron de nuevo. Una hora más lejos, como no podíamos pasar en una casa de Religión \*el convento de Aringaña\*, viéndolo los religiosos se pusieron a correr tras nosotros, y con grande caridad y cortesía nos ofrecieron descanso por la noche, de que les dimos gracias habiendo de llegar a Escarpe, y se hizo así pero muy de noche. Embió fuegos al encuentro la Comunidad, y nos esperó a la puerta del monasterio, donde ofreciendo la capa a nuestro superior cantaron *Te Deum*; acabado, la Comunidad se sentó en las sillas del coro del P. Prior, y el abad dando su silla al nuestro, nos sentamos todos a su lado. Entonces el cantor con voz sonora y de paso cantó el capitulo de la santa Regla *Como se reciben los huéspedes*. Al salir de la iglesia, ambas comunidades se abrazaron. Estaba allí el P. M. Sada <sup>7</sup> que nos manifestó grande afecto, y trabajó mucho a componer y acabar presto las escrituras. A la despedida nos acompañó procesionalmente la Comunidad de Escarpe hasta el rio, que baxamos en una barca dos leguas, y como la gente no podía seguirnos por [p. 835] el mismo camino no teniendo barcas, nos siguió corriendo en la ribera, mientras cantábamos himnos, vísperas, etc. Al lugar de salir de la barca salió toda Mequinenza, villa antiquissima, mostrando tal deseo de besar las Stas. Reliquias, que parece no podía esperar hasta la iglesia, en donde un pueblo infinito, pero con orden y sin confusión vino a venerarlas. Pensábamos marchar temprano de mañana, pareciéndonos que toda la gente las havia besado, pero el número y devoción era lo mismo que por la tarde precedente, estando claro que las besaban dos veces.

Con esto se ve que no perdió nada S. Bernardo por no haver andado por España en su vida: recoge con usura después de muerto los honores que entonces le habrian dado. Si S. Malaquias recibe también honor, lo debe en parte a su amigo S. Bernardo, el nombre de Malaquias no estando conocido: juzgado por la sencillez de una muger que, enterada de quienes eran las Reliquias, se postró con grandes demostraciones delante de S. Bernardo, y miró con harta indiferencia a S. Malaquias, diciendo que no lo conocía.

Parece que no tengo más que añadir, sino que se hacian en los demás pueblos las mismas ceremonias es verdad, pero aquel día que salimos de Mequinenza acaecieron unas cosas extraordinarias que se aprenderán con gusto. Tomamos pues el camino por despoblado muy largo sin llevar providencia alguna, pero el Sor. Rector y el Ayuntamiento ayudaron a la divina que nunca falta. Subiamos entretanto al monte rezando el Rosario, y las horas canónicas, cantando después el salmo *In exitu Israel* etc. que nos hizo acordar de aquel desierto por el qual hizo pasar Dios a su pueblo en la tierra de promisión y aquel salmo que venia bien al caso

(7) Sobre el insigne cisterciense P. Juan de Sada, maestro en Teología, autor de varias obras de historia de su Orden, véase la noticia de LATASSA, *Bibliotecas antigua y nueva de escritores aragoneses*, t. III, p. 93-95.

produjo en nuestros corazones varios sentimientos de agradecimiento, de esperanza, y qué sé yo?... Podíamos pensar que allí se bolvería a hacer el milagro del Maná, del agua de la peña, sin faltar [p. 836] el río Jordán? A la hora que menos pensábamos se halló un grande fuego y una excelente comida, nos hicieron sentar en el suelo ministrándonos aquellos caritativos señores aquellos manjares con el agua que habían llevado. Por tan ingeniosa caridad dimos las gracias a nuestros huéspedes, que no queriéndolas, las dimos duplicadas a Dios, de donde viene todo bien. Después llegamos fácilmente a Nonaspe, presentándonos allí una imagen del pasage del Jordán, pero como las aguas del río no bolvieron atrás para dexarnos un camino en la arena, la divina bondad lo suplió por un medio más natural, pero toda via extraordinario. Se hallaron en la ribera 5 o 6 mulas que nos esperaban para llevarnos a la otra parte, donde el clero estaba esperando vestido de ceremonia con grande luminaria, y como era al anochecer también muchos con leña encendida; y aunque en el áspero del invierno, tres hombres desnudos en el agua acompañaban cada mula y otros llevaban fuegos en ella. En la iglesia los santos huesos recibieron los honores acostumbrados, diciendo los sacerdotes a cada uno que los besaba: *Ste. Bernarde, Ste. Malachia ora pro eo o ea*. Por la mañana bolvió a empezar la misma ceremonia y como quienes no se podían hartar tan presto, hubo muchos que nos siguieron hasta Fabara con devoción exemplar, rezando el Rosario y las letanias, etc. Los de Fabara no se dexaron vencer por nadie en piedad, acompañándonos de allí hasta Maella muchísimos. En esta parroquia, que es la nuestra, fué solemne el recibimiento, y no faltó gran concurso. El Sor. Rector, que nos hospedó, nos dió muestras de afección singular, ministrándonos por sí mismo a la mesa; y el día que tomamos posesión de Sta. Susana, quiso ser el predicador. Supuesto que su plática estaba en alabanza nuestra, no conviene aquí traerla. La materia fué una explicación de estas palabras del Apocalipsi: *Hi qui amicti sunt stolis albis, qui sunt et unde venerunt? Hi sunt qui venerunt ex tribulatione magna; et sequuntur agnum quocumque ierit*. Pero para dar una relación más larga de este día memorable; a las 7 de la mañana salimos [p. 837] de Maella para Sta. Susana con el clero y el pueblo dispuesto en orden sobre dos líneas, con tanto silencio, modestia y gravedad que parecía una procesión de religiosos. Es verdad que delante de la puerta y en la entrada de la iglesia hubo algún ruido y grande aprieto, pero damos la culpa a una devoción no bastante discreta. Llegados en fin a la puerta principal de la iglesia, el escrivano real entregó la cédula del Rey al P. M. Sada, que después de haverla visto y reconocido, la recibió con veneración y respeto, mostrando al mismo tiempo su comisión del Sor. Vicario General (de la Congregación), en virtud de la cual dió luego posesión a nuestro Superior, que empezó *Te Deum*, abrió la puerta de la campana y las demás del monasterio, reconoció la sacristía y los altares, tocó la campana, cantó una antifona, recibió la renovación de nuestros votos, celebró missa solemne del Espíritu Santo, y después fué a tomar posesión de las tierras mientras nosotros dábamos a venerar las Stas. Reliquias, y lo hizo el pueblo con emulación extraordinaria.

Pero lo que havia más que admirar era ver con qué demostración y ardor las mugeres se despedían de Sta. Susana, como por la última vez le besaban la mano y el escapulario; y como cada una gastaba bastante tiempo en esta ceremonia, y las demás tenían impaciencia de hacer lo mismo, hubo aprieta tan grande que faltó poco por echar la estatua por el suelo.

Haviéndose marchado la gente, fuimos todos a servir a la mesa aquellos señores que lo habían hecho para con nosotros [p. 838] \*durante todo el viage\*, y al tiempo de despedirse, como trabajábamos a testificarles nuestro vivo reconocimiento por tantos beneficios que nos habían hecho, añadían tantas caricias y cariños que nos daba hasta confusión, viéndonos casi vencidos en sentimientos. No pidieron otra cosa de nosotros sino el socorro de nuestras oraciones. Hay, hay de nosotros! si nos olvidamos de tan justa deuda, o si la pagamos con tibieza y floxedad.

No hay nada que decir más: cerramos las puertas. Después de largo tiempo hemos sido dados en espectáculo al mundo; ahora empezamos a escondernos a sus ojos y bullicios, y disfrutar del silencio y quietud de la soledad, la qual por aquella ojeada en el mundo nos parece aun más amable y estimable.